

## CÓMODO Y NAVEGABLE

Alejandro Bisignano Burgos

Salimos desnudos al living y lo vimos ahí. El mañana golpeó la puerta. Tres veces. Hasta podría asegurar que fueron cuatro. Me acerqué, observé, y ahí estaba él: todo el mañana frente a nosotros, cara a cara. Luego de verlo te consulté si estabas convencida de la decisión de abrirle y dijiste «sí, dejalo pasar». Y ya no existió el sueño de soñar el mañana pues lo teníamos ahí: en el mismo sillón donde horas antes se había recostado la algarabía. En el mismo respaldo en el que tus ojos leyeron los sesenta y dos modelos para armar un mundo. Ahí estaba y ahí se quedó. El mañana se hizo ahorita. Ahí estábamos y desde ahí jugamos.

Logramos confundir al huésped del tiempo y le dijimos en la cara que nada ni nadie iba a lograr destemporizarnos. Porque nos mudamos, hermosa. Nos fuimos del mapa al soñar eso: un viaje de ida sin despedida. Dibujamos un peaje obligatorio en cada poro. Falanges tras falanges palpando en primera mano el latir de nuestro sitio.

«Quiero embalarte el alma y llevarla a mi nueva casa», dijo. «Ponerle cinta scotch a cada extremo de tu sonrisa».

Guardamos cuadros y camisas. Discos, revistas, libros y recuerdos. Titulamos a cada caja con su contenido. No me olvidé de la caja celeste, esa que dejaste en la puerta del patio y que casi olvidamos. Tenía un moño realizado con papel y una flecha que apuntaba hacia la base del cartón.

Me dijiste que la lleve por sobre mi cabeza y que mire lo escrito en tinta negra.

Uno por uno respeté al pedido de tus movimientos. Dejé el té de manzanilla en el escritorio, levanté la caja por sobre mis hombros, reconozco que tras la quinta subida en la escalera fue difícil erguirme tan derecho sin sentir la espalda como pavimento, hasta que encontré el mensaje, ése del que me hablabas:

— No te rías ni me odies. ¿Y si nos quedamos?

Confundí al silencio del ambiente con el cutter que utilizamos para la cinta. Todo era filoso. Todo. Tu duda de mudarnos. Mi tan interna impaciencia por el tiempo. «¿Te parece a un monoambiente?, ¿y el perro?, ¿y la pecera?, ¿qué vamos a hacer con la máquina de cortar pasto si sólo tendremos un balcón

francés?, ¿y el sueño de la pileta?, ¿y la luz de la Luna sobre nosotros?... ¿Quién es capaz de cambiar al brillo de la noche sobre la ventana de tu cuarto por un SUM a estrenar? ¿Quién paga las expensas del deseo?... Y si el ABL fuese Amor, Besos y Libros, ¿alguien se quejaría por su aumento?»

Lo cierto es que hicimos lo que teníamos que hacer. El avión de papel había traspasado la ventana hacía unos extensos nueve segundos. Planeó por el aire cómo si tuviese motores. Firme. Recto. El balcón del tercer piso “A” fue la pista de despegue de nuestra nave. La creamos juntos. Pensamos en pintarla pero no. Me dijiste que no. Que la pintura le quitaría potencia al agregarle peso. Me dijiste que piense. Que cómo pintarlo, por qué pintarlo, con qué pintarlo.

En un acto humillante hacia mi dibujo realizado permití que el avión sea blanco y rayado. El agujero de la hoja lo dejamos para que sirva de alerón. Doblamos sus extremos para convertirlos en alas. El fuselaje fue apretado con decisión por tus falanges derechas. El timón de dirección lo hice yo. Me tomó media hora darle curso a mi deseo de que sea útil. Luego de armarlo nos miramos a los ojos e imaginamos que este avión, nuestro avión, podía ser de pasajeros o de paracaidistas. En ambos casos nos dibujamos ahí. Con la mente y las palabras. Nos vimos sentados, creo yo, vos en la ventanilla y yo en el pasillo. A los tres minutos te miré a los ojos y te pregunté si me dejabas un poquito. Si cambiábamos de lugar unos minutos. Yo tenía ganas de ver la ciudad desde arriba. La casa de mi infancia.

Ver las calles como si fuesen lápices. Ver los árboles convertidos en manchas verdes que colorean el paisaje... y fuiste gentil: me cediste el asiento con la única condición de contabilizar los minutos en tu asiento mediante pellizcos. Y acepté.

El primero fue leve. Cerca del codo izquierdo. El segundo lo sentí. Fuerte. Decidido. Por encima de la rodilla. Al tercer pellizcón ya habías entendido que el dolor no me imposibilitaría soñar a través de la ventana. Fue ahí cuando apoyaste tu mano derecha sobre mi pómulo izquierdo y giraste mi cara hacia tu cara. Ahí me dijiste «guapo, es de papel, sentate donde quieras».

Abrimos la ventana -esta vez era la del departamento- y decidimos el destino juntos. «Yo quiero lejos», dijiste. «Yo no tanto, quiero verlo planear un largo rato, ver su camino», te aclaré.

Jugamos al piedra, papel o tijera para saber la identidad de aquel que lo lanzaría por el aire. Y ganaste. Ganaste como siempre. Me anunciaste «en esta va tijera» y tomá. Tu mano se vistió de tijera. A la segunda jugada me cantaste: «ahora voy de piedra», y paf! Tu mano sonó atómica contra tu palma y yo así, despeinado y con un dos a cero abajo. Ya me estaba por imaginar el verte lanzar a éste avión, nuestro avión, por la ventana cuando sin buscarlo me puse uno a dos. Mi papel fue lento y tu piedra repetida. Sonreíste como en un festejo asegurado. Dos a dos y tu cara se hizo pluma.

Te canté tijera y fui tramposo. Saqué piedra. Vos fuiste terca y revolucionaria y sacaste papel. Ese papel fue tu papel firmado hacia el permiso del despegue. El avión, nuestro avión con tu despegue, salió derecho hacia Marea Negra. Dobló en Río Capitán y perdimos de vista su recorrido.

«¿Seguirá volando?», me preguntaste. «Te apuesto que sí», te dije. Vos te reíste y pusiste tus manos en forma de combate por detrás de tu espalda. Ahí, en ese momento, tu boca dijo: «piedra papel o tijera, a uno, el que pierde sale a buscar a éste avión, nuestro avión».

Entendimos que mudarnos, en cierta parte, se trata de soñar. Y nos reímos, claro. Mucho. Y nos mudamos, por supuesto. Ahora vivimos en un cómodo y navegable barquito de papel.